



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 13

CT 120 VIDA Y PENSAMIENTO DE LAS IGLESIAS EN AMÉRICA LATINA

CELA. “III Conferencia Evangélica Latinoamericana”, “Nuestra deuda y responsabilidad específica como iglesia evangélica en América Latina”, “Nuestra deuda evangélica en las transformaciones sociales, económicas y políticas latinoamericanas”, “Mensaje de la III Conferencia Evangélica Latinoamericana”. En *Deudores al mundo: Informes-comentarios de la III Conferencia Evangélica Latinoamericana*, 10-12, 17-29 y 49-51. Montevideo: UNELAM, 1969.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

III CONFERENCIA EVANGELICA LATINOAMERICANA

Entre los días 13 y 19 de julio de 1969 se reunió en las instalaciones del Colegio Ward, en la localidad de Ramos Mejía, Buenos Aires, República Argentina, la III CONFERENCIA EVANGELICA LATINOAMERICANA, convocada por la Federación Argentina de Iglesias Evangélicas.

La reunión constituyó la culminación de ocho años de marchas y contramarchas, desde que en la II C.E.L.A., realizada en Lima, Perú, en 1961, se resolviera realizar la tercera asamblea de esta índole "antes de 1965". Habiéndose finalmente decidido realizarla en Sao Paulo, Brasil, a último momento, por razones ajenas a la voluntad de los organizadores, hubieron de solicitar que la sede fuera cambiada a Buenos Aires. Quedó entonces encargada de los trabajos de organización la Federación Argentina de Iglesias Evangélicas, la cual, por medio de una comisión ad-hoc, eficazmente apoyada por su comisión directiva, presidida por el pastor Luis P. Bucafusco, logró organizar eficientemente la reunión en un plazo mínimo.

Asistieron, debidamente registradas, 206 personas, invistiendo diversos tipos de representación: delegados de concilios o federaciones nacionales, representantes de iglesias individuales de países en los que no existen organismos nacionales, observadores, representantes de Juntas de Misiones y de organismos ecuménicos de Europa y Estados Unidos, etc. Probablemente otras 50 personas, no registradas oficialmente, tuvieron algún tipo de participación en las sesiones. La edad promedio de los asistentes fue de 42 años.

Los delegados representaban a 23 países de América Latina (in-

clusivos países de habla inglesa del Caribe), España y Guinea Ecuatorial, Estados Unidos y Suiza. Pertenecían a unas cuarenta denominaciones y organismos eclesiásticos, abarcando todo el espectro de posiciones teológicas y tipos de organización dentro del campo evangélico. La Iglesia Católica Romana estuvo representada por dos observadores designados por la Comisión ecuménica de la Argentina.

La continuidad con las dos anteriores conferencias quedó relevantemente señalada con el discurso de apertura, a cargo del Dr. Benjamín Moraes, del Brasil, que fuera presidente de la segunda (Lima, 1961) y el mensaje de clausura por el Dr. Sante Uberto Barbieri, presidente de la primera (Buenos Aires, 1949).

La mesa directiva de la III C.E.L.A. quedó constituida en la siguiente forma: Presidente: Luis P. Bucafusco (Argentina); vicepresidentes: Daniel Saavedra (México), Dailly Resende França (Brasil), Enrique Mercado (Puerto Rico); secretario: Rubén Damiao (Brasil); secretarios adjuntos: Julia Campos (Uruguay), Samuel Muñoz Paredes (México), Iván Espíndola de Avila (Brasil).

Inspirado en las palabras de San Pablo en Romanos 8:12, el lema de la Conferencia: "Deudores al mundo", enfocó el pensamiento de la asamblea sobre la obligación de las iglesias evangélicas hacia los diversos sectores de la sociedad latinoamericana en esta época de eferescencia y transformación acelerada en casi todos los países. Las distintas ponencias, presentadas por destacados representantes de las fuerzas evangélicas de diversos países, dieron motivo a la organización de sendas comisiones para su discusión. Los despachos de las comisiones fueron luego adoptados, previas discusiones, a veces acaloradas, en el plenario, después de introducirse las modificaciones aprobadas por la mayoría. Ellos constituyen el grueso de este informe, junto con el Mensaje de la Conferencia a las Iglesias Evangélicas y al pueblo evangélico de América Latina, preparado por una comisión designada especialmente.

Las ponencias presentadas y sus respectivos sostenedores fueron los siguientes: *Nuestra deuda y su responsabilidad específica como Iglesia Evangélica Latinoamericana* (Dailly Resende França, Brasil); *Nuestra deuda evangélica en las transformaciones sociales, económicas y políticas latinoamericanas* (Dr. José Ferreira García, Perú); *Nuestra deuda evangélica en la transición de una sociedad rural a urbana en América Latina* (Obispo Enrique Chavez, Chile); *Nuestra deuda evangélica para con la mujer latinoamericana* (Sra. Olga B. de Ramírez, Guatemala); *Nuestra deuda para con la juventud latinoamericana* (Rubén P. Rivera, México); *Nuestra deuda evangélica para con la comunidad católico-romana* (Dr. José Míguez Bonino, Argentina).

En el curso de la Conferencia se desarrollaron cuatro "paneles" de carácter informativo, presididos por el Rev. Francisco Anabalón Duarte, de Chile, con el título común de "Dialogando con...". Diversas personas expusieron en esas oportunidades la acción de distintas entidades relacionadas con la obra evangélica en la América Latina.

La nota devocional de la asamblea la dieron los cultos matutinos a cargo del Rdo. Rubén Lores, de Costa Rica. Las reuniones nocturnas estuvieron dedicadas respectivamente después de la apertura, a la recepción de la Conferencia, a un programa folklórico-cultural y a dos pláticas sobre el deber de la evangelización, a cargo del Rdo. Juan Carlos Ortiz, de Buenos Aires. La inspiradora asamblea culminó con el mensaje de clausura a cargo del Obispo Sante Uberto Barbieri.

NUESTRA DEUDA Y RESPONSABILIDAD ESPECIFICA COMO IGLESIA EVANGELICA EN AMERICA LATINA

“Somos deudores”: éste es nuestro punto de partida. Con esto queremos decir que somos responsables para con todos los hombres sin distinción alguna; que nuestra responsabilidad primaria es anunciar el Evangelio de la salvación. Somos deudores en el sentido de la fidelidad a la cruz y no en sentido “triumfalista”. Este sería aquel que nos sitúa en la perspectiva del cumplimiento de nuestra responsabilidad en función de manifestaciones externas, resultados estadísticos o las características del éxito. Un sentido de fidelidad a la cruz, es aquel que nos sitúa en la perspectiva de la fe, la humildad y el testimonio; la Iglesia no ha de callar por su propia seguridad o prestigio, sino correr el riesgo de la cruz. Ella debe evangelizar y en el cumplimiento de esta responsabilidad, será fiel testigo de Cristo.

Somos deudores como Iglesia en la América Latina. Esto nos lleva al reconocimiento de que en nuestro continente existe una Iglesia con un pluralismo hoy innecesario que se mantiene desde su origen. Se trata del ropaje con el cual fue necesariamente traído el Evangelio y que no corresponde a la esencia del mismo. El reconocimiento de este pluralismo nos lleva a tener conciencia, por una parte de los esfuerzos realizados por los misioneros que Dios usó para que llegara hasta nosotros el Evangelio, lo cual nos mueve a honda gratitud y por la otra a la necesidad de que la Iglesia sea verdaderamente autóctona y autónoma, despojándose de aquella envoltura que no le permite expresarse en forma y pensamiento nacidos de la vivencia latinoamericana. El pluralismo que nos es evidente es falso por obedecer a realidades y divisiones foráneas importadas por las iglesias en su faz mi-

sionera. Tenemos en nuestro suelo un pluralismo que es producto de las discrepancias y vivencias de países con otras inquietudes y culturas. La Iglesia que trata de cumplir su misión responsablemente deberá despojarse de esas formas que le llegaron de afuera. Quizá presente un nuevo pluralismo; pero en este caso, nacido de la diversidad latinoamericana. Una Iglesia aferrada al ropaje foráneo no comparte con la vida ni las actitudes autóctonas de la América Latina; más bien se aísla y vive de espaldas a los cambios, angustias y destino del hombre latinoamericano. Somos deudores al hombre de América Latina tal y como vive en el día de hoy en nuestro continente.

Somos deudores como Iglesia en Latinoamérica, lo cual no significa que por serlo ha de tener más éxito; ello sería poner por fundamento un principio falso. Sin embargo, es indudable que una Iglesia más autóctona está más libre para incorporar con verdadera gratitud los aportes de la Iglesia universal. Reconocemos que los miembros de nuestras iglesias son latinoamericanos y que si ellos pertenecen a nuestros pueblos, la Iglesia ya es en cierto sentido latinoamericana. Lo que nos falta es tomar conciencia de esta realidad; nos hace falta ubicarnos como latinoamericanos en la realidad de nuestra América: en todos los aspectos relevantes de su vida social, política, económica, religiosa, etc. Desdichadamente tenemos que reconocer que muchas veces hemos dado evidencia de vivir aquí sin tener conciencia de la realidad latinoamericana. Somos deudores a esta realidad.

La Iglesia latinoamericana también debe recordar que es deudora como una sola Iglesia de Cristo a pesar de su diversidad. Debe tomar conciencia de que su unidad no puede ser una meta que ha de buscar sino que ésta ya ha sido dada en la persona de Jesucristo. Nuestra responsabilidad ha de ser cumplida en la aceptación de esta realidad viviente. La unidad de la Iglesia de Jesucristo es, al fin de cuentas, más real que todas las diferencias que nos separan. Jesucristo derribó las paredes de la separación. Nuestro problema es cómo podemos manifestar al mundo de esta unidad; cómo podemos ser fieles a esta unidad en medio de la diversidad y discrepancia que hasta hoy nos han caracterizado.

Por otra parte, somos deudores al hombre latinoamericano que está surgiendo en nuestro continente, el cual se está caracterizando por ser cada vez más joven y más sensible a la injusticia; por rechazar enérgicamente frases huecas y fórmulas abstractas; por tener conciencia de su propio valor, mostrarse impaciente y rechazar soluciones a largo plazo. El hombre latinoamericano está rebelándose contra el desempleo, el hambre, la explotación económica, la muerte de sus hijos por desnutrición, o falta de atención médica, la discriminación de clases y la perversión política. Demanda soluciones inmediatas y ajus-

tadas a la realidad, abriga fuertes esperanzas de un nuevo día para la América Latina. La Iglesia debe tener presente esta realidad imperante en nuestro continente y presentar a Jesucristo como el Mesías auténtico.

La consideración seria y responsable de la realidad latinoamericana nos lleva a la cuestión metodológica, a los medios de comunicación del Evangelio, a este hombre latinoamericano. La cuestión de la comunicación reclama de nuestras iglesias una apertura a la acción del Espíritu Santo, que ha hablado a través de la Escrituras y sigue hablando en los corazones de los hombres. (Juan 16:13). Esta apertura al Espíritu nos mantendrá, por una parte afirmados íntimamente en el Evangelio, y por otra, nos dará una inmensa libertad para modificar nuestras estructuras y realizar nuestra misión. Cuando hablamos de estructuras nos referimos a nuestras instituciones eclesiológicas y nuestras formas de trabajo y expresión de nuestra fe. La Iglesia ha de estar abierta a la dirección del Espíritu, hallar nuevas formas de culto que mejor cuadren a la idiosincrasia de los diversos grupos sociales de nuestra América Latina y liberarnos de formas inadecuadas recibidas del pasado. La Iglesia ha de hallar nuevas formas de acción para realizar su misión, sabiendo que El nos guiará a nuevas fronteras de testimonio y obediencia, sin quedar prisionera de los conceptos y modalidades del pasado. Una Iglesia abierta al Espíritu Santo romperá los prejuicios imperantes y dará plena oportunidad de trabajo y responsabilidad a todos los elementos que la forman, incluyendo los que nosotros con frecuencia hemos desplazado: la juventud y la mujer. (S. Juan 14:26). Somos deudores de nuevas formas de comunicación concebidas en función de la dirección del Espíritu Santo y en respuesta a la presencia del hombre latinoamericano.

A esta nueva sociedad latinoamericana somos enviados y a ella somos deudores. Aquí debemos recordar que donde se predica el Evangelio surge un nuevo hombre y los fermentos de la nueva sociedad en función del Mensaje recibido. Este nuevo hombre lo es para la Iglesia como también para la sociedad. Tenemos que aprender mucho en la América Latina para conectar el Mensaje cristiano al hombre latinoamericano y relacionar dicho Mensaje con la búsqueda en la vida de la América Latina de una sociedad más justa y de una más cabal humanización.

Esta correlación entre el Mensaje Cristiano y la nueva sociedad, habrá de expresarse en un nuevo estilo de vida de la Iglesia, y de cada cristiano. Es un nuevo estilo de vida que brota de la gracia y no de la ley, y que es liberación de todo legalismo y moralismo como de todo inmoralismo, da nueva conciencia y mayor sensibilidad hacia el prójimo que sufre, que desespera y que busca solución a sus problemas

concretos. Infunde un nuevo sentido de solidaridad humana, rompiendo el individualismo que tanto nos ha caracterizado. Se trata de un nuevo estilo de vida que supera toda clase de egoísmos y que respeta a toda persona humana por ser un hombre por quien Cristo murió. (2.^a Cor. 5:15).

En virtud de lo dicho consideramos como nuestro deber traer a esta Conferencia, sugerencias concretas que ayuden a nuestra iglesia al cumplimiento de su responsabilidad hacia la América Latina. Consideramos que para que las iglesias evangélicas de América Latina cumplan su ministerio en una forma responsable y específica, han de dar los siguientes pasos primarios que esperamos redunden en bendición para nuestro continente:

I. El Señor nos llama a cumplir nuestra responsabilidad en unidad, como nos dice la Escritura: "...para que todos sean uno; como tú, oh Padre en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste." (Juan 17:21). Siendo que en esta hora estamos conscientes de que nuestra responsabilidad ha de ser cumplida en unidad, sugerimos a todas las iglesias evangélicas del continente concretar esta realidad en nuevas formas, tanto a nivel local y nacional como continental, en obediencia a lo que nos dice la Escritura.

II. Consideramos que esta unidad puede llevarse a cabo a través de una intensificación de nuestra comunicación. Esto se puede lograr por los diferentes medios a nuestro alcance, como contactos entre nuestras iglesias, intercambio de ideas, realización de estudios, divulgación de literatura, celebración de conferencias, congresos y consultas en diferentes niveles, invitaciones recíprocas a nivel nacional e internacional, etc. Tal actitud del uno para con el otro hará que nuestra acción en el mundo proclame el Mensaje del Evangelio y a la vez, la unidad de la Iglesia de Cristo se enriquezca en experiencia y conocimiento, para asumir actitudes más maduras, sabias y siempre renovadas.

III. Reconociendo que tanto el misionero como el nacional responden al mismo llamado y que el Espíritu Santo los sigue usando, recomendamos a todos los organismos que envían misioneros a la América Latina, procurar el envío de personal con una mejor preparación académica y hacer esfuerzos por proporcionar un mejor proceso de adaptación a nuestros pueblos antes de comenzar su trabajo. Por otra parte, recomendamos a las iglesias en la América Latina, una mejor preparación del pastor nacional tomando en cuenta que éste ha de ser maestro de maestros. La preparación académica y el llamado de Dios son denominadores comunes del actual pastor.

IV. Recomendamos la celebración de una Cuarta Conferencia Evangélica Latinoamericana. Una IV CELA habrá de ser programada con estudios previos que hagan más enriquecedor nuestro encuentro. Nuestra comisión advierte la conveniencia de que no pase mucho tiempo sin que esta IV CELA se celebre.

V. Recomendamos la creación de un organismo de continuación que funcione entre la III y IV CELA. Este centro habrá de ser mantenido bajo la responsabilidad asumida por las iglesias aquí presentes.

PREGUNTAS AL INFORME N.º 1

- 1) ¿Qué significa decir que “somos deudores en el sentido de la fidelidad a la cruz”?
- 2) ¿Cómo se relacionan la gratitud a la labor de los primeros misioneros o fundadores de nuestras iglesias y la exigencia de que éstas sean verdaderamente autóctonas?
- 3) ¿Cómo se relaciona la pregunta por la unidad de la iglesia con la preocupación por lo auténticamente latinoamericano?
- 4) ¿Es justa la afirmación de que el hombre latinoamericano es cada vez más joven y más sensible a la injusticia?
- 5) ¿Hacia dónde dirige el Espíritu Santo a nuestra iglesia? ¿En qué formas culturales se manifiesta su presencia? ¿Cuáles pueden ser las nuevas formas de acción?
- 6) ¿Qué es el nuevo estilo de vida cristiano?

**NUESTRA DEUDA EVANGELICA EN LAS
TRANSFORMACIONES SOCIALES, ECONOMICAS
Y POLITICAS LATINOAMERICANAS**

INTRODUCCION

La fe de los cristianos nace de la buena voluntad de Dios. De un Dios que se revela, que se abre, que se muestra. Nuestra fe se arraiga en el milagro de la vida de Cristo, quien en la Encarnación se identifica con el hombre y su miseria para reconciliarlo con Dios por su muerte sacrificial en la Cruz, y darle, en virtud de su Resurrección y el don de su espíritu, el poder y la esperanza para una nueva vida.

Dios encarnado en Cristo es amor que acepta las limitaciones de la vida humana y la estrechez de nuestra historia con sus vaivenes y zozobras. Cristo crucificado es la expresión máxima de ese amor que obra la redención del ser humano en su totalidad, anunciando en la resurrección un nuevo hombre que pasa a compartir con Cristo la vocación fundamental de servicio integral al prójimo, lo cual es signo de la nueva creación que es la esperanza cristiana.

Es necesario destacar en el contexto latinoamericano, que quien obedece al llamado de Cristo entra a una vida de compromiso que significa vivir como El al encarnarse entre los hombres, participando de los anhelos humanos por una sociedad más justa, cuyas estructuras no desfiguren al hombre impidiéndole vivir plenamente según los designios de Dios. Esto debe llevar al cristiano a intervenir activamente en la vida de nuestros pueblos, en los procesos de cambios y transformaciones urgentes, aportando la presencia cristiana con el fin de señalar, en medio del conflicto, la meta de una reconciliación en la justicia y el perdón.

I. *La Iglesia en Situación Latinoamericana*

Ser Iglesia en América Latina significa participar de la encarnación del Señor en una situación problemática y multiforme.

Es ser confrontados por pueblos enteros que miran con desconfianza los favores que les prometen los regímenes actuales o han optado ya por probar los frutos de un nuevo tipo de organización presidida por la verticalidad del mandato y la postergación de la participación popular ("Los grupos que toman en nuestros países las decisiones políticas y económicas reales son las oligarquías tradicionales, la nueva burguesía industrial, el clero y las fuerzas armadas."); significa estar en medio de pueblos que manifiestan, cada vez con mayor insistencia y vigor, estar cansados de soportar su estado de dependencia económica de países poderosos; es colocarnos frente a sistemas que todo lo prometen pero que sólo han logrado producir "un círculo vicioso de pobreza". Ser iglesia es comprender, no sólo la disolución política, sino también la profunda desorientación que existe en ese campo. Desorientación de la que no sólo estamos conscientes sino de la cual participamos y que está apelando a la iglesia llamándonos con voces cada vez más claras e imperiosas a un despertar, a un estudio sereno de la situación y a la asunción de posiciones en las cosas de los hombres. Somos iglesia en una América Latina dominada o codiciada por todo tipo de imperialismos y manejada por la publicidad o la manipulación de las noticias, que no es otra cosa que la intención (y la concreción en muchos casos) del menosprecio de la persona humana.

Vivimos en sociedades donde todos estamos sometidos o siendo colocados en situación de masa dirigida por intereses de una u otra tendencia. Somos iglesia en un continente que, habiendo estado por siglos bajo la dominación ideológica del catolicismo romano, empieza a ser sacudido y seducido ahora por opciones diferentes, por otras oportunidades. Incluso por los grupos que ofrecen la violencia como único medio de alcanzar una sociedad justa. Sin embargo, la violencia no es una salida normal hacia una solución y menos una salida cristiana.

He aquí el dilema en el que se debaten muchos cristianos de nuestro tiempo.

Somos iglesia responsable de haber tolerado sistemas de opresión que han ejercido control y poder sobre la vida de nuestras sociedades. Somos iglesia sumergida en medio de profundos cambios sociales, colocados frente al disloque producido por el fenómeno de las grandes masas derivadas a las ciudades y sometidas al desarraigo y marginamiento urbano. Somos iglesia alterada por rumores de revolución, para algunos sonido despertador de esperanzas ciertas y

para otros motivos de temor y desaliento. Somos iglesia tentada insistentemente por una clara tendencia escapista; pero una iglesia que siente con cada vez mayor intensidad que su fe se ejerce aquí y ahora frente a las cosas concretas y con hombres que sienten como sufren, como piensan y actúan con o a pesar de la iglesia. Por ello sentimos que nuestra obligación con América Latina es encarnar con valor y sabiduría todas las demandas del hombre americano. Nos preocupamos por la imagen de Cristo que estamos dispuestos a dar como testigos de su salvación, qué clase de hombre estamos buscando que sean los hombres a causa de su encuentro con Cristo —hombres con una participación plena y real en las preocupaciones sociales, políticas y económicas que expresen una madurez humana según la medida de la plenitud de Cristo.

Debido a los problemas de las grandes masas con sus crecientes necesidades insatisfechas, sentimos hoy la obligación de responder a su llamado, colocándonos junto al hombre cuya imagen ha sido desfigurada por las situaciones antes mencionadas y que vive en medio de un contexto configurado por otros elementos tales como:

“La iglesia no puede desconocer que para el año 2000, y debido al alto índice de crecimiento poblacional en este continente, habrá aproximadamente 600 millones de habitantes. La iglesia no puede ignorar las condiciones infrahumanas de vida de las grandes masas que pueblan el continente. La iglesia no puede ignorar que un altísimo porcentaje de estos pobladores están sub-alimentados, que tienen hambre... la iglesia no puede ignorar el alto índice de analfabetismo... el alto índice de mortalidad infantil. La iglesia no puede ignorar la falta de viviendas, el hacinamiento existente en las barriadas, callampas, favelas o villas miserias... la promiscuidad, la falta de agua corriente, de higiene y la secuela de inmoralidad que acarrea este estado de cosas; la iglesia no puede ignorar que en las medianas y altas esferas oficiales de nuestros países campea... la coima, el lucro personal, la deshonestidad, el soborno, el contrabando y el enriquecimiento a costa del estado; la iglesia no puede ignorar la necesidad de una reforma agraria auténtica que permita una justa y adecuada distribución de la tierra... la iglesia no puede quedar al margen sino que ha de participar en el proceso de transformación social, política y económica de nuestros pueblos”. La iglesia no puede ignorar los 15 millones de aborígenes americanos desposeídos y/o explotados que aún esperan redención y justicia.

Podemos mencionar otros elementos que gravitan sobre la situación que estamos describiendo, tales como:

Falta de planificación industrial que arrastra el problema eco-

nómico producido por la necesidad de exportar materias primas en lugar de artículos manufacturados.

La creciente participación política de las fuerzas armadas con vistas al mantenimiento del statu-quo, con la consiguiente cuota represiva y recargo de los presupuestos nacionales que tienen que soportar también una carrera armamentista sin sentido.

El éxodo de técnicos y profesionales provocado por la falta de oportunidades de realizarse en sus respectivos países, como una consecuencia del subdesarrollo prevaleciente.

Evidentemente, esta descripción podría continuar, pero con lo dicho creemos queda demostrada la gravedad de la situación.

En relación con este panorama nos descubrimos como una iglesia que ha sido tímida en enfrentar esta situación, volviendo de esta forma sus espaldas a Cristo que se encarnó para redimir al hombre en toda su dimensión, logrando con ello que muchos perdieran su fe o no tuvieran un acceso pleno a ella; es decir que la iglesia ha incurrido en pecado. A esta iglesia que ha pecado, a toda la iglesia, queremos recordarle que el amor sin límites de Cristo la llama a un auténtico examen y arrepentimiento. Que no seamos nosotros reflejo de una sociedad injusta sino una comunidad servicial capaz de afectar lo existente y mostrar al hombre latinoamericano la imagen de Cristo.

II. *El Ministerio Profético de la Iglesia*

Como iglesia de Cristo y en Cristo, puesta en latinoamérica por la misericordia de Dios y por su señorío, comenzamos a pensar en común sobre cuál es nuestra misión frente a tantos y tan graves problemas y cuáles serán las líneas que habremos de seguir para cumplirla en la acción cotidiana.

No tenemos duda que se exige de nosotros reflexionar para la acción y actuar en reflexión. Las circunstancias piden una clara estrategia. Una estrategia colocada bajo la dirección del Espíritu Santo y signada por el propósito de cumplir nuestra vocación de ser portavoces de una visión del mundo que Dios nos ha concedido en este tiempo. Consideramos que tal vocación nos llama al ejercicio de nuestra misión profética, que podríamos caracterizar de acuerdo a lo siguiente:

- Proclamar el evangelio de la soberanía de Dios sobre la totalidad de la vida y las relaciones humanas, provocando así una nueva actitud del hombre personal, responsable, colocando de esta manera un requisito que estimamos básico para cualquier renovación de estructuras;
- Señalar la relatividad y lo precario de toda institución huma-

na; incluídas las estructuras políticas económicas y sociales de las naciones, y el propósito último para el que han sido creadas: servir al hombre y de ese modo glorificar a Dios;

—Ofrecer una interpretación del momento histórico que vive el continente, enfrentada al juicio y al plan redentor de Dios para con el hombre;

—Actuar como portavoz y defensora de todos aquellos que son víctimas de la injusticia social, señalando las causas y los responsables de esta injusticia.

Establecido lo anterior como propio a nuestro sentido de la obediencia, consideramos que la liberación humana verdadera comienza con el encuentro del hombre con Dios en Cristo; de allí que la principal tarea profética de la Iglesia es proclamar el amor de Dios: decir y vivir el Evangelio. Concebimos esta misión profética en dos direcciones que interrelacionan entre sí y que en conjunto hacen a nuestra responsabilidad actual:

- a) Estamos cumpliendo con nuestra vocación profética cuando nos convocamos a ejercer nuestra fe en términos de entrega sacrificial en beneficio de América Latina. Nos parece claro ahora, que Dios nos llama desde una revelación de lo que es la plenitud de la vida del hombre y desde las circunstancias que vive nuestro prójimo. Grupos de cristianos participan ya vivamente de esta inquietud. Esta misma Conferencia, se siente inspirada por Dios para volver a las iglesias y entusiasmarlas en este ministerio, que, ante todo, es llamar a nuestros hermanos, a nuestras congregaciones, a poner en tela de juicio sus costumbres o sea colocar todo bajo la mirada y el juicio de Dios con sentido de obediencia; obediencia que si bien a veces es desgarradora, no por ello deja de ser la culminación de nuestro gozo cristiano. En resumen, somos voz profética que llama a la Iglesia a servir al mundo.
- b) Cumpliremos nuestra vocación profética actuando, dirigiéndonos a nuestros pueblos, participando de las luchas y trabajos tendientes a conseguir que todos los hombres logren su derecho de intervenir plenamente en la vida de sus naciones. El llamado a una participación creativa ha de ser la tónica principal de este servicio que ofrecemos. No hay duda que toda institución humana puede y debe ser criticada, pero no concebimos una crítica meramente destructiva, sino el reemplazo de estructuras de opresión por otras que tiendan a la humanización del hombre.

Nos sentimos llamados por Dios a abarcar a todos los hombres de América. Tanto al oprimido y marginado como al que oprime. A todos llama Dios al arrepentimiento. Y así como llamamos a los pobres y desamparados a ser hombres cabales y lograr su liberación, proclamamos a los poderosos la liberación que los haga capaces de servir al hombre con su poder, con sus capacidades, con su desarrollo. Creemos que la acción redentora de Dios está dirigida también a redimir las estructuras que los hombres nos hemos colocado y por lo tanto seremos voces en nombre de Dios en la medida que anunciemos nuestra esperanza de liberación para todos. Nuestra voz se alzará en términos de llamado al arrepentimiento, a la contricción y a la acción en favor de los hombres.

III. *El Ministerio de Acción entre los Hombres de América Latina*

a) Como Iglesia constituída.

Nos hemos preguntado si como instituciones cristianas en América tenemos funciones que cumplir en el sentido de la vocación profética, y nos contestamos con las siguientes reflexiones:

- 1) Las iglesias deben estar despiertas y activas en la búsqueda de nuevas formas de organización que permitan en obediencia a Jesucristo, una apertura hacia el mundo que nos desafía. Esto exige una revisión de nuestros esquemas mentales, revisión que concebimos en términos de un reencuentro con las verdades profundas de la Palabra de Dios. Creemos que Dios habla hoy por Palabra para que miremos al mundo.
- 2) Todas las actividades de la iglesia deben ser examinadas y juzgadas en el contexto de América Latina.
- 3) Podemos y debemos organizar la actividad litúrgica concibiéndola en términos más inquietantes con un profundo sentido de intercesión. Igualmente la predicación debe estar encuadrada en nuestra vocación y toda la adoración debe inspirar deseos de servicio en amor.
- 4) La Iglesia debe sostener grupos de estudios y reflexión que ayuden a encontrar nuevas formas de acción y mantengan despierto el deseo de usar esas nuevas formas en cada situación.
- 5) Las iglesias deben emprender un serio trabajo de presencia en sus comunidades mediante escuelas y otros servicios educativos donde sea necesario y oportuno. Sigue siendo parte de nuestra responsabilidad organizar instituciones ágiles que alivien el grave problema del analfabetismo, que produzcan una corriente de opi-

nión inspirada en la fe cristiana y un liderato responsable y capaz.

6) La iglesia apoyará o creará instituciones y/o iniciativas de bien social, que no sólo alivien los males de la presente situación sino que señalen sus causas y busquen superar el estado actual que ha nacido, ciertamente, en el egoísmo humano y en el desorden instituido.

b) Como individuos en la diáspora.

Nos hemos preguntado sobre el valor de los sistemas políticos vigentes. El ideal democrático sigue siendo, a nuestro entender, lo más deseable para América Latina aunque cuando podemos anotar muchos de sus fracasos y de las frustraciones, desilusiones y desconfianza que muchos regímenes que se llamaron "democráticos" han producido. Por tanto creemos que nuestros hermanos miembros de nuestras iglesias y aún los pastores, deben tomar una participación dinámica, decidida, en los procesos de transformación de los sistemas políticos y en su mecánica, con el objeto de ser en situaciones de frontera política una voz clara del Evangelio.

Por otra parte, y en el mismo sentido, llamamos a nuestros hermanos a tomar una participación igualmente dinámica y sincera en todo proyecto de servicio o desarrollo de comunidad que nazca en las ciudades y pueblos a los cuales pertenecen. Pensamos que el aliento y el apoyo dado a esos programas contribuirá a despertar las conciencias a una actitud de amor, amor que refleja la preocupación de Dios por la redención de los hombres.

Conclusión

Reconocemos nuestras responsabilidades para con todos los sectores sociales de nuestro continente. Reafirmamos nuestra convicción de que en el evangelio encontramos todos los recursos para participar como cristianos en la lucha y la búsqueda del hombre latinoamericano por una vida en plenitud y dignidad de acuerdo con la voluntad redentora de Dios.

Confiamos en que el Espíritu Santo sigue despertando a las iglesias evangélicas en América Latina por medio de la poderosa palabra de Dios, para que inspirados en el amor sacrificial y perdonador de nuestro Señor, nos entreguemos decididos a la acción efectiva contribuyendo a las transformaciones políticas, sociales y económicas que se reclaman en nuestra América.

PREGUNTAS AL INFORME N.º 2

- 1) ¿Qué relación hay entre la Encarnación de Dios en Jesucristo y nuestra vida cristiana entre los hombres?
- 2) Discútase la situación que se describe bajo "I". La Iglesia en situación latinoamericana. ¿Es correcto el análisis? ¿Es así el problema en nuestro país? ¿Compartimos la actitud de arrepentimiento del informe?
- 3) ¿Cuáles son las señales de los tiempos que se disciernen en el cumplimiento de la tarea profética? ¿Cómo proclamaremos el juicio redentor de Dios? ¿Vemos ocasiones concretas de "actuar como portavoz y defensora de todos aquellos que son víctimas de la injusticia..."?
- 4) ¿Hay un único mensaje para explotadores y explotados? ¿Se lo proclama igual?
- 5) ¿Admitimos que hay responsabilidades que corresponden a la iglesia como comunidad organizada y otras a los cristianos como individuos?
- 6) ¿La tarea social de nuestra iglesia, ataca las causas o sólo es paliativa? ¿Cuál sería un servicio social cristiano integral?
- 7) ¿Hemos comenzado a pagar nuestra deuda con Cristo en América Latina en el campo de las estructuras / organización de la sociedad? ¿Cómo?
- 8) ¿Qué significa a la luz de toda la discusión anterior la frase que dice: "La principal tarea profética de la iglesia es proclamar el amor de Dios: decir y vivir el evangelio"?

MENSAJE DE LA III CONFERENCIA EVANGELICA LATINOAMERICANA

Al pueblo evangélico latinoamericano:

A las Iglesias evangélicas de América Latina:

Reunidos en Buenos Aires del 13 a 19 de julio de 1969 con motivo de la III Conferencia Evangélica Latinoamericana, nos gozamos en saludarlos en Cristo Jesús. Queremos compartir las experiencias vividas en estos días y la visión que hemos recibido. Confesamos que muchos de nosotros vinimos a esta reunión con aprensiones y temores, fruto de la incomunicación en que vivimos. Hoy damos gracias a Dios por la alegría de encontrarnos hermanos en Cristo, provenientes de más de veintitrés países distintos y perteneciendo a más de cuarenta denominaciones diferentes, hechos una sola cosa en Cristo Jesús. A través de los cultos y compañerismo, la relación y el estudio en común, hemos discernido la presencia del Espíritu Santo en mutuo consuelo y corrección. La colaboración de todos ha significado la bendición de todos.

Considerando nuestra deuda en Cristo para con América Latina hemos confrontado en acuerdo y discrepancia, respectivas opiniones. Anhelamos cumplir en fidelidad con la deuda que tenemos los unos para con los otros como miembros del cuerpo de Cristo, para habilitarnos así para un mejor cumplimiento de nuestra deuda como pueblo de Dios.

La Iglesia Evangélica puesta en nuestro continente por Dios, quien le ha dado crecimiento numérico, contempla hoy la manifestación de nuevos dones del Espíritu Santo, que la capacitan para el testimonio y el servicio que América Latina nos reclama.

Debemos a América Latina un ministerio integral; una tarea evangelizadora que llame al hombre a alistarse como discípulo de Jesucristo; una identificación con los dolores y esperanzas del hombre latinoamericano, que exprese la misma identificación de Jesucristo con su pueblo en su peregrinar hasta la cruz; un servicio inteligente y eficaz en la búsqueda de formas de organización social más justas y humanas: todo ello expresado en la vida de una comunidad liberada de toda esclavitud por la resurrección de Jesucristo y convocada a expresar esa libertad en gozosa búsqueda del mañana de Dios para nuestro continente.

En distintos grupos de estudio consideramos con pasión y entusiasmo diversos aspectos de nuestra deuda para con América Latina. Os invitamos pues a estudiar los informes adjuntos. En ellos encontraréis una ardiente exhortación para que no seamos reflejo de una sociedad injusta, sino comunidad santa capaz de afectar lo existente y producir la imagen de Cristo y del hombre que nuestros pueblos han perdido o no han conocido.

Las masas campesinas se desplazan hacia las ciudades en busca de un nuevo mañana. Discernimos en ello un llamado de Dios, convocándonos a una proclamación y un servicio que testimonie su amor por cada uno de estos sus hijos. Contemplamos el despertar de la mujer demandando plena participación en la común tarea humana. La juventud nos interroga desde la profundidad de su pasión revolucionaria, exigiéndonos más y mayor compromiso con nuestro prójimo.

La renovación bíblica y las ansias de una auténtica vida cristiana en importantes sectores del catolicismo nos invitan a reafirmar nuestra propia fidelidad al Dios de la Biblia y de la historia.

Consideramos nuestra tarea esencial el predicar un mensaje de reconciliación. Dios en Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha puesto frente a nuestro prójimo en el cual debemos ver a nuestro hermano. Esta reconciliación que predicamos a nuestros pueblos implica arrepentimiento, reordenamiento de nuestros caminos, redistribución de los bienes de la tierra. Reconciliados por Dios somos convocados al amor y a la justicia para con nuestro prójimo.

Es Espíritu Santo, cuya presencia en medio nuestro confesamos con alegría, nos recuerda que nuestra deuda es con el mundo al cual debemos la proclamación de la Palabra y la participación en la creación de una sociedad justa; pero también nos amonesta recordándonos que no somos deudores a la carne, advirtiéndonos, de otra manera, que no hemos de buscar nuestra gloria personal o el engrandecimiento egoísta de nuestras instituciones eclesiásticas, sino la manifestación de la gloria de Dios, a través de nuestra proclamación en humildad y servicio.

Volvemos a nuestros países comprometidos a trabajar en todos los niveles para expresar y profundizar esta unidad en el Espíritu. Oramos para que este mismo Espíritu, manifestado en medio nuestro, produzca en todos vosotros el mismo, sentir de comunión fraterna y de vocación común.

Vuestros en Cristo Jesús.